



Remedios Amaya

Manuel Halcón y le dijo lo que Tola le decía a Carmen Maura: «Niña, tú vales mucho.» Y le fue abriendo algunas puertas.

Escucho despacio esta mañana de abril —penas mil— las coplas ya antiguas de Remedios: «Que cantaron las estrellas», «Compañión»... Le digo que Carmen Amaya, su «tía-agüela» —por eso ella baila también—, a la que yo quise mucho, se santiguaba antes de salir a quemar bailando las viejas maderas de los escenarios del mundo. Entonces levanta su

cabeza de modelo antigua de Gabriel Morcillo. Esa gitana tiene una historia. Cuenta con palabras bonitas su devoción por Rocio Jurado. No le he preguntado, al menos en esta ocasión, «que quién maneja su barca», no me

hace falta. La lleva ella, aunque tenga un nombre de hombre en su costado: el de su hijo. Es, por lo demás, tauro. Cuando se echa el pelo hacia atrás, le caen al suelo penas antiguas, humillaciones inolvidables. Tiene un abrigo

de piel de zorro, pero le gustaría mucho más tener en brazos ahora mismo a su perro «Bobi», aquel que de niña siempre iba con la tropa de los Amaya de un sitio para otro. Su cuidador se llama Nico y la conoce desde niña. Canta hasta cuando duerme. Le gusta el color rojo y el vino amargo. Pero igual la sacan vestida de negro y le dan a beber licor de arándanos. De lo que sí estoy seguro es de que esta gitana no va a volver a pedir limosna por las esquinas. Si acaso, de amor. Si acaso. ■

La eurogitana cumple veintiún años la semana que viene, está soltera, no tiene novio, y su hijo está en la cuna